

RELIGIOSIDAD POPULAR Y VALORES EN LA PROVINCIA DE CUYO, ARGENTINA

POR

MARÍA DOLORES PÉREZ MURILLO
MARÍA DOLORES FUENTES BAJO

RESUMEN

El artículo analiza algunas devociones atípicas de la provincia de Cuyo (Argentina). Son las de la Difunta Correa, el Gaucho José Dolores o el Niño Ceferino Namuncura, desarrolladas al margen de la Iglesia católica. Parecen datarse entre mediados del XIX y principios del XX. Las Autoras describen la fuerza popular de las devociones. Se incluyen ilustraciones (tomadas en 1998) de los lugares descritos.

PALABRAS CLAVE: Devociones populares, Argentina, XX, Difunta Correa, Ceferino Namuncura, Gaucho José Dolores, Heterodoxia, Sincretismo religioso.

ABSTRACT

The article analyzes some popular devotions of the province of Cuyo (Argentina). They are those of Difunta Correa, Gaucho José Dolores or the Niño Ceferino Namuncura, developed to the margin of the catholic Church. They arose between 1850 and 1900-1920. The Authors describe the popular force of these devotions. Illustrations (taken in 1998) of the described places are included.

KEY WORDS: Popular devotions, Argentina, XX, Difunta Correa, Ceferino Namuncura, Gaucho Jose Dolores, Heterodoxy, Religious sincretism..

1. TEMA DE LA COMUNICACIÓN QUE SE PRESENTA

Antes de entrar en materia, parece conveniente hacer algunas precisiones relativas a nuestro trabajo, como su marco espacial y cronológico, al igual que

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)

una somera explicación acerca de los motivos que nos decidieron a llevarlo a cabo. En este sentido, se debe señalar que la idea de trabajar sobre religiosidad popular nos ha atraído desde hace tiempo pero quizá, sobre todo, a raíz de la estancia de ambas el pasado año, en septiembre de 1998, en concreto, en la Universidad Nacional de San Juan en la República Argentina, gracias a una modesta financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional. En aquellas semanas de docencia en la región de Cuyo, empezaron a llegarnos noticias, cada vez más detalladas, de devociones populares enormemente arraigadas. Nos hablaban de santones a los que se atribuía todo tipo de curaciones e intervenciones milagrosas. Eran personajes casi siempre humildes, salidos del pueblo, con su misma vida y padecimientos, con su mismo desarraigo y sinsabores, y que, de forma extraoficial, se había decidido «santificar». Todos creían en ellos y todos, de forma casi generalizada, les hacían ruegos, desde gentes humildes a lo que se podría llamar clase media argentina (si es lícito emplear este término, dada la crisis generalizada que sufre la república en estos momentos y que repercute de forma negativa en toda la población, en especial, en estos sectores), incluyendo a nuestros colegas de la Universidad de San Juan.

Lo que, en un principio pudo quedar en mera anécdota a referir de nuestro viaje, se convirtió en algo que nos interesó en realidad. Fue por eso que nos trasladamos, en diferentes ocasiones, a las modestas capillitas (algunas veces, se trataba meramente de esto) o a los santuarios en toda regla donde se les veneraba (era éste el caso del paraje donde supuestamente había tenido lugar el hallazgo de los restos de la Difunta Correa, convertido por devoción popular en centro de reunión de multitud de peregrinos). Allí tuvimos ocasión de hacer preguntas, de mantener conversaciones, a veces largas, sobre la naturaleza de esas devociones, de cómo habían surgido y cuándo, de las causas por las que se mantenían tan vivas y de todas las leyendas (para ellos, nuestros informantes, se trataba de datos fehacientes, en todo caso) que las rodeaban. Esta comunicación es resultado de toda esa información recibida y del posterior análisis efectuado de la misma; se acompaña de un material gráfico, de un conjunto de diapositivas tomado por nosotras mismas in situ.

2. CONTEXTO DE ESTAS DEVOCIONES POPULARES

Empezaremos diciendo que son, a nuestro parecer, la respuesta popular a problemas estructurales de extraordinaria gravedad, que exceden a su comprensión y capacidad de actuación. Todo lo puede solucionar, de inmediato y de forma total, el santo o santa al que se le enciende una vela y se reza una oración, todo se reduce a tenerle fe y rogárselo con el suficiente fervor, lo demás vendrá por añadido; de lo que se desprende, en consecuencia, que no hace

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)

falta actuar, que no es preciso hacer nada más; no es necesario trabajar más o, si el caso es otro, reivindicar ante quien proceda una rebaja del horario laboral, tampoco deben organizarse los obreros o formalizar una protesta en toda regla... El fin de todos sus malestares vendrá por sí solo, de la mano del indio Ceferino Namuncura, de la Difunta Correa o del Gaucho Dolores, en esa lejana tierra de San Juan.

Ciertamente hablamos de la Argentina de hoy, de la que visitamos en 1998, pero este tipo de creencias populares ha existido siempre, nos atreveríamos a decir que son una constante a lo largo de su historia; mas lo curioso es que en todo tiempo van asociadas a épocas de crisis, de cambios, de reajustes; a momentos en que a las capas de población más débiles económicamente se les requiere, sin nada a cambio, un esfuerzo especial. Una de las opciones que se les presentan ante esa dura realidad será ésta, si es que la alternativa que alimenta el estatismo puede tener el nombre de tal.

Es curioso el posicionamiento de los diferentes gobiernos ante temas como el que nos ocupa. El estado, en principio, no lo ve nada mal y hasta alienta cultos de esta naturaleza. Le es más cómodo, como es fácil deducir, gobernar una población pasiva que soporte los crecientes impuestos, la devaluación de la moneda, los empobrecidos salarios, la carestía de los alimentos, la globalización... (por señalar solo algunos de los gravísimos problemas que se sufren en la actualidad) y que se limite a acudir a los santuarios citados en determinadas fechas para buscar un final milagroso a sus penurias.

Con respecto a las autoridades eclesiásticas, su respuesta coincide en lo fundamental, si bien conviene hacer algunas matizaciones; está claro que la Iglesia es una aliada de las autoridades civiles y que, en aras de mantener el orden estatuido, opta asimismo por aprobar tácitamente manifestaciones religiosas de este tipo; sin embargo, no deja de ser cierto que entre sus aspiraciones figura el ejercer un mayor control sobre ellas y reconducirlas, de forma paulatina pero irreversible, por cauces más ortodoxos. En ello no ponemos en duda que intervengan consideraciones meramente espirituales, pero sospechamos que hay unos intereses crematísticos nada despreciables; para apoyar esta hipótesis podemos citar algunos datos.

Es indudable que esta modalidad de santuarios genera mucho dinero, como se pudo observar, sin ir más lejos, en la enorme explanada, plagada de altarcitos y capillas, destinada al culto a la Difunta; las diversas compañías de «omnibus» efectúan allí una parada de forma obligatoria (corría el rumor de un gravísimo accidente de auto ocurrido en las cercanías a causa, según los devotos claro está, de no haber realizado el referido stop ante tan milagroso lugar), motivo que bien pueden aprovechar los viajeros para tomar un refrigerio o, si desean permanecer algún tiempo, albergarse pues dispone el santuario de todo

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)

lo necesario, desde camas a cafetería, sin contar las innumerables tiendecitas donde se puede adquirir de todo, objetos de la más variada índole relacionados con el culto a la Difunta Correa y otras imágenes queridas en San Juan .

Como es lógico deducir, si las autoridades, en este caso las eclesiásticas, tuvieran un papel más activo en la gestión del referido lugar, sus ingresos se incrementarían de forma notable. Algunos pasos en este sentido habían comenzado a darse, pues cerca, al otro lado de la carretera, se había levantado un templo en toda regla dedicado a la Virgen del Carmen, en un intento cabe suponer de la Iglesia católica de hacerse de un espacio, si no en el mismo santuario de la Difunta al menos a 500 mts. de él. Sin embargo, como pudimos apreciar, los resultados no habían sido del todo satisfactorios, al menos en un principio, pues la iglesita se hallaba en todo momento vacía y sus altares carecían de velas y ofrendas, mientras que bastaba cruzar la vía para observar un panorama bien distinto. En efecto, era necesario hacer largas colas para poder visitar las muchas y diferentes dependencias donde los peregrinos habían dejado sus ofrendas a la Difunta Correa.

3. LA DIFUNTA CORREA Y DEMÁS SANTOS DE CUYO

Otra cuestión a plantear, la que hace el número tres, es la relativa a las características intrínsecas de estas devociones: cuándo arrancan las primeras noticias sobre ellas, qué rasgos en común presentan, si los hay, o qué peculiaridades y, para concluir, quizá al tiempo que se visionan las diapositivas, una descripción lo más detallada posible de los santuarios y capillas visitados.

Tanto el Gaucho como nuestra querida Difunta tendrían una cronología similar, pues las respectivas leyendas sobre los avatares de sus vidas se fijan mediado el siglo XIX, mientras que el niño Ceferino Namuncura parece algo posterior, primeros años del XX. Pero estos santos no son los únicos ni las fechas citadas los referentes exclusivos, ya que los sanjuaninos reseñan, al seguir rastreando en el tema, otros nombres de santones, otras tradiciones, otros lugares de peregrinación, si bien es cierto que las tres devociones citadas son las que arrastran a un mayor número de gentes y las tenidas por más milagrosas.

Este tipo de manifestaciones de religiosidad popular, por lo que hemos tenido ocasión de comprobar, está en lo más profundo de sus corazones y por eso no es raro que proliferen, apareciendo de forma casi continuada: cualquier persona joven fallecida en circunstancias trágicas o a causa, tal vez, de una enfermedad larga y extremadamente cruel o, por el contrario, con una trayectoria vital admirable, se convierte por esas mismas circunstancias en alguien especial a los ojos de este pueblo, en un ser al que se puede tener como com-

pañero/a espiritual de fatigas, alguien que incluso las puede paliar solo a cambio de tenerle fe. De esta forma se llega a la conclusión de que estas devociones del oeste argentino se alimentan y, lo que incluso es todavía más interesante, se renuevan de forma constante.

Bien, pasemos a un pormenorizado análisis de estas creencias sanjuaninas, con especial hincapié en lo relacionado con la Difunta Correa.

A) La Difunta Correa: Se inicia su historia en aquellas cruentas décadas de luchas caudillistas en Argentina, concretamente en la época de Juan Manuel Rosas. Existen diversas versiones sobre su historia y, en particular, sobre el estado civil de la Difunta: para unos estaba casada con un militar que es reclutado a la fuerza para luchar en estas guerras caudillistas; con su pequeño de muy corta edad, prácticamente recién parido, decide ir al encuentro del marido y reanudar la vida de esa familia ahora aumentada con un miembro más; pero en los desiertos que rodean la ciudad de San Juan, perece en el «frustrado» intento de reunirse con el esposo, por falta de agua y alimento. Unos arrieros la encontrarán, ya fallecida; pero de sus pechos sigue fluyendo, de forma portentosa, la leche que alimenta al hijo recién nacido.

Para otros, los menos crédulos, la Difunta Correa era una «soldadera» que con su vástago va tras el «esposo» y «padre» ausente. Los que sostienen esta teoría del estado civil de soltera (entiendase, madre soltera) se basan en investigaciones archivísticas en las que se alude a la existencia de una «Deolinda Correa», fallecida por estas fechas y de estado civil «honesta». Este tipo de familia monoparental, por otra parte, ha sido y es común en el mundo latinoamericano, independientemente de ser asumido o no por los valores que impregnan el imaginario colectivo.

El culto a la Difunta es sinónimo también de la «veneración» a la figura del padre ausente, hecho constante en toda la producción literaria y cinematográfica de la Argentina, ya que estamos ante una sociedad de inmigrantes, sometida a una fuerte movilización espacial masculina que ha obligado a la separación de la familia durante largos períodos de tiempo; pero que, pese a la distancia espacial y temporal, mantiene y se aferra a unos vínculos afectivos idealizados por la falta de convivencia.

Pero hay que decir más cosas de esta devoción; pasemos a algo que quizá es de más interés, interpretarlo. Nos parece, en una primera lectura, lleno de un profundo simbolismo: en una sociedad que vive en una continua inseguridad por la guerra, en la que el hombre está destinado a un trágico fin, en la mayoría de las ocasiones, la Difunta se nos antoja como la mujer-madre, aglutinante del hogar y continuadora, transmisora y reproductora, no sólo de la vida sino de

los más tradicionales valores de arraigo, seguridad y familia en un mundo endeble e inseguro. La hipervaloración de la figura materna, pensemos que la Difunta es incluso «madre más allá de la muerte», es de suma importancia en una sociedad matriarcal y, sin embargo, profundamente «machista» en la que la mujer sólo tiene identidad si cumple su cometido de madre. Estos valores tradicionales poseen una fuerte presencia en las creencias populares de la Argentina contemporánea, ya que los valores perviven con otra cronología, «rezagada» quizá, respecto a los «progresos» materiales. La inseguridad de la sociedad argentina en la actualidad convierte esta devoción en algo vivo y con pleno sentido. Igualmente, la «Difunta Correa» es el símbolo de la unión conyugal y del equilibrio familiar; de esta suerte, en una sociedad en donde la familia tradicional tiende a desestructurarse, la Difunta es esperanza, seguridad y confianza en un matrimonio estable. Esto último puede corroborarse con el material gráfico que acompañamos en el presente artículo: observamos como las novias suelen regalar su traje para obtener la ansiada estabilidad matrimonial; dicho vestido, guardado en el santuario de la Difunta (existen capillitas con cientos de trajes expuestos en vitrinas de cristal, procedentes de distintas épocas y modas), es a su vez alquilado, con un evidente sentido fetichista, a nuevas muchachas casaderas, de condición social más humilde, pudiendo, de esta forma cumplir con el sueño del matrimonio «santificado» por la Difunta. El modesto alquiler de estos trajes revierte en beneficio material del culto.

Por el material gráfico, que acompañamos, se puede comprobar, en otro orden de ideas, la presencia de abundantes maquetas de casas (de todas formas, tamaños y colores) que son depositadas en dicho santuario como símbolo del hogar, para que la Difunta otorgue la gracia y el don de la familia unida. Otra interpretación que puede hacerse de estas maquetas es la demanda de seguridad en la vivienda, en una zona altamente sísmica como es la provincia de San Juan. No conviene olvidar, en este sentido, los temblores devastadores que, de forma cíclica, se producen en la región; en efecto, cada 30 años, de forma aproximada, recogen los anales sanjuaninos noticias sobre terremotos de especial gravedad; uno de ellos tuvo lugar, por ejemplo, en 1944, llegando a morir 1/3 de la población. De hecho, y hacemos referencia a cosas que nos han ocurrido a nosotras mismas, el tema de conversación cotidiano con la gente que llega de fuera es prevenirles ante cualquier terremoto que se produzca y señalarles como personas bien expertas en la materia (ante las esperadas manifestaciones de sorpresa) en qué parte de la vivienda situarse para paliar los efectos del temblor, en la medida de lo posible. Los seísmos parecen ser lo único importante que sucede en una sociedad cerrada y de interior como la sanjuanina.

La Difunta Correa es, por otro lado, advocación de los arrieros del siglo XX, es decir, de los transportistas y de los conductores en general. Cuando se viaja en un «ómnibus» o colectivo es obligada una parada para evitar los ries-

gos de la carretera. El ofrecimiento que se hace a la Difunta son botellas con agua, como puede comprobarse en el material gráfico que se acompaña, ya que el agua es esencial en un medio natural desértico como es el de San Juan. Tanto es así que el orgullo de sus habitantes es enseñarles a los turistas que llegan por primera vez las faraónicas obras hidráulicas que allí se están acometiendo continuamente desde el siglo XIX (Presa de Ullum). Igualmente, los sanjuaninos se precian del vergel (jardines urbanos y cepas de regadío) que gracias al esfuerzo humano, son hoy la ciudad y sus alrededores.

b) Otras expresiones de religiosidad popular en San Juan

Citaríamos en este apartado, en primer término, al Gaucho José Dolores. Se trata de un personaje del siglo XIX que, impelido por adversas condiciones familiares (la madre muere de parto y su padre tiene que alistarse en las filas del ejército para luchar en la guerra del Paraguay), crece en abandono y soledad en la finca de sus amos, lo que entronca con la realidad sociológica de la Argentina del caudillismo decimonónico, de un país rural y de relaciones feudovasalláticas. Cuando alcance la edad adulta, José Dolores llevará una vida errante y marginal, vivirá y sufrirá como delincuente, pero como un delincuente «bueno» que no duda en repartir su botín entre los más necesitados; terminará encontrando la muerte, sin embargo, a manos de sus perseguidores, en una celada traicionera. Justo la modesta capilla levantada en su recuerdo se sitúa junto al algarrobo donde, dice la leyenda, fue a morir el gaucho José Dolores.

La Leyenda del Gaucho Jose Dolores:

Nos hacemos eco de la tradición popular sobre la vida y obra de José Dolores. Sus padres, originarios de la provincia argentina de Córdoba, emigran a la región de Cuyo (a San Juan concretamente) a mediados del siglo XVIII, radicándose como trabajadores rurales (peones) en la hacienda de don Bonero Correa de Angaco, lugar en donde nació nuestro personaje. Su madre murió en el parto, y al poco tiempo su padre fue reclutado para luchar en la guerra del Paraguay. El recién nacido quedó en manos y al cuidado de la sobrina del patrón, llamada Saturnina Arce, y ella fue la que impuso al niño el nombre de «José Dolores». Éste hasta la edad de 15 años estuvo vinculado a aquella finca, a partir de la pubertad «levanta el vuelo en aras de su porvenir futuro». Trabajó en diferentes haciendas de la provincia de San Juan como domador; hacía rodeos para las hierras o las marcadas de animales, por indicación de sus patronos. Se destacaba como el mejor peleador y domador de animales; pero un día soñando con prebendas ingresó como «cicerone» en las filas de los montone-

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)

ros y colorados. Movido por su sensibilidad social, su arrojo y valentía, siempre destacó en defensa de los humillados y pobres de la tierra. Tras un arduo peregrinaje consigue trabajo en la finca de don Tadeo Rojo, allí se enamora de Lorenza Calazán, hija de la cocinera del señor Rojo; pero José Dolores por su pasado montonero tenía mala fama entre las «gentes de orden», la madre de la novia se confabuló con su hermano, el sargento Eustaquio, tejieron una emboscada, y haciendo uso y abuso de la autoridad policial el referido sargento con una partida de soldados acribillaron a José Dolores en un algarrobo, el cual retoña en la puerta del santuario que los sanjuaninos, a pesar del Vaticano, han construido en uno de los barrios de San Juan. Del culto a este gaucho que nos recuerda a nuestros «bandoleros» por su protección a los humildes y transgresor de la norma injusta, la norma impuesta por el poder y el capital, presentamos una serie de abundantes diapositivas.

En común con la Difunta Correa parece tener algunos rasgos. Así, su entorno familiar estaría igualmente fragmentado; su vida, también, es una eterna búsqueda, una búsqueda en definitiva de nada, y solo la muerte (en circunstancias trágicas, en ambos casos) pone fin a tantos sinsabores agolpados en su corta existencia —los dos personajes, recuérdese, fallecen jóvenes.

Resta hacer una breve referencia de un niño con vocación de salesiano; su nombre, Ceferino Namuncura, y su condición, indio. Igualmente aquí se habla de una muerte prematura e injusta, en este caso no por estar rodeada de violencia sino por suceder a tan corta edad. Como rasgo peculiar, el óbito no tuvo lugar en territorio argentino sino en Italia, a donde había ido el niño acompañando a los curas. Ceferino Namuncura era hijo de un cacique indígena de la Patagonia argentina, y marcha a Roma para recibir de forma más purista y ortodoxa la aculturación católica, para de esta forma poderla transmitir en un futuro a su pueblo. Ceferino Namuncura cumple la función de poder fáctico que la colonización otorgó a los caciques indígenas.

RELACIÓN DE ILUSTRACIONES DE LOS SANTUARIOS DE LA DIFUNTA CORREA, DEL GAUCHO JOSE DOLORES Y DE CEFERINO NAMUNCURA QUE ACOMPAÑAN AL PRESENTE ARTÍCULO (Estas ilustraciones provienen de diapositivas tomadas por las ponentes en la ciudad y alrededores de San Juan (República Argentina) en septiembre de 1998)



Ilustración 1: Pintura mural anunciando el santuario de la Difunta Correa. En ella aparece el paisaje de desierto y montañas donde fue encontrada por unos arrieros la Difunta, muerta de varios días pero amamantando a su hijo.



Ilustración 5: Placas grabadas, a modo de exvotos, agradeciendo a la Difunta los favores recibidos.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)



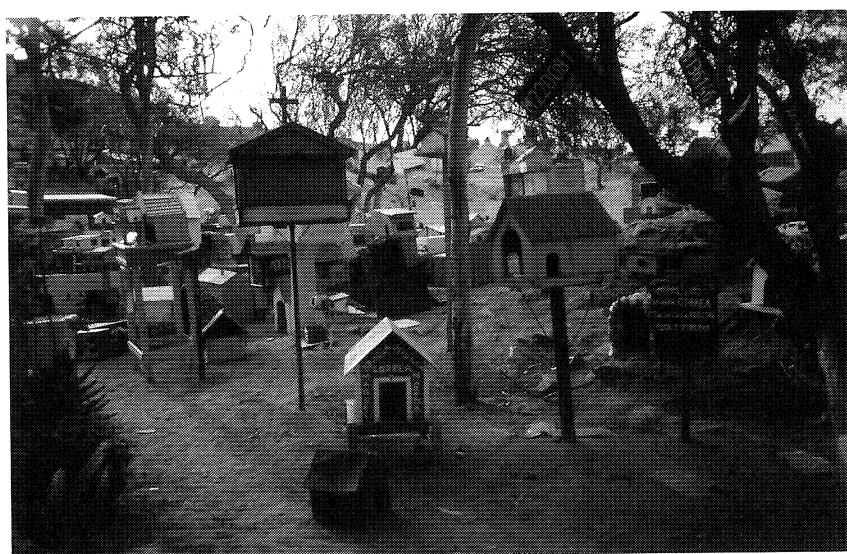
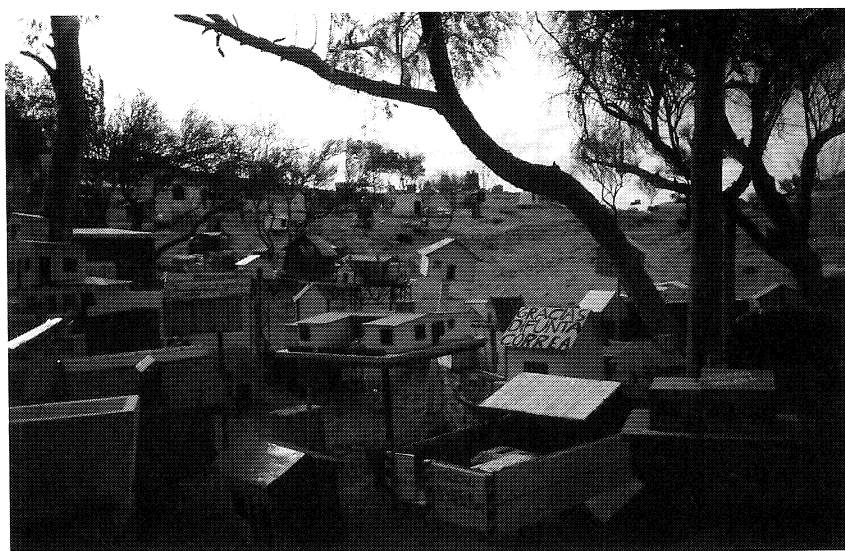
Ilustraciones 7: Trajes de novia y de la fiesta de los 15 años ofrecidos a la Difunta Correa. También muchos de esos trajes se alquilan para nuevos enlaces.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)



Ilustraciones 8: Fotos de novios que se ofrecen a la Difunta Correa, por ser ésta el símbolo de la fidelidad y amor conyugal.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)



Ilustraciones 14 y 15: Exteriores del santuario de la Difunta Correa donde se agolpan «maquetas» de casas que se ofrecen para que la Difunta interceda ante Dios por la estabilidad del hogar, de la familia y del matrimonio. También muchas de estas casas simbolizan la intercesión de la Difunta para la estabilidad de la casa física, pues no olvidemos que la zona de San Juan, por su ubicación andina, es altamente sísmica, de todos es conocido el terremoto de 1944 que causó 10.000 víctimas mortales.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra 53 (2001)